

J. Maruccini

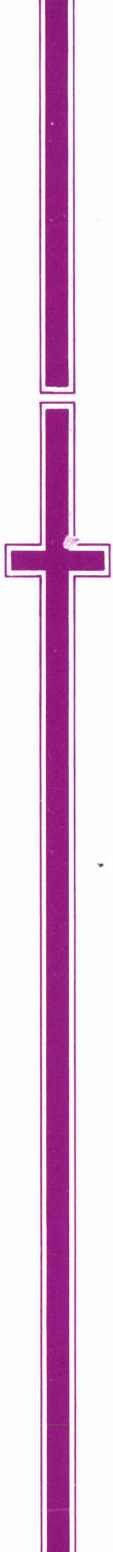
393019

Casa Salesiana "Pio XI"
Avda. Costanera 1150 - Corrientes



**Padre
Ambrosio Cristián
Mangini**

7 de diciembre de 1917 - 10 de agosto de 1993



Cayastá, la primitiva ciudad de Santa Fe, lo vio nacer el 7 de diciembre de 1917. Sus padres, Cristián y Adela María Yossen, al bautizarlo, le impusieron el nombre de Ambrosio Cristián. Era el mayor de los tres hijos del matrimonio que poseía una parcela en la colonia; gente buena, trabajadora, sencilla.

De profunda raigambre cristiana formaron a sus hijos en las sólidas virtudes que nacen del evangelio.

Ambrosio fue creciendo en el campo al contacto de la tierra, contemplando los azules de los cielos, y las aguas de sus ríos junto al madurar generoso de las cosechas. El campo quedó prendido en su vida y afloraba, a menudo, en dichos y sentencias con los que salpicaba sus conversaciones.

Muy pronto perdió a su madre. Ambrosio con sus hermanos, Adela y Luis, quedó bajo el cuidado de la abuela y de una tía que se preocuparon de su educación. Este hecho quedará profundamente grabado en su alma que supo decir: "Mis padres fueron mi abuela y mi tía. Mis hermanos y yo no supimos lo que fue llorar por papá y mamá, sí, por la abuela y la tía que nos educaron"

Primer contacto con Don Bosco: Inició sus estudios primarios en la escuela del lugar. Como todo muchacho de su edad, Ambrosio era inquieto, travieso. Y no faltaban las peleas entre hermanos. Con Luis, narra Ambrosio, "nos internábamos en el maizal para pelear. Para atacar y defenderme, usaba la gomera".

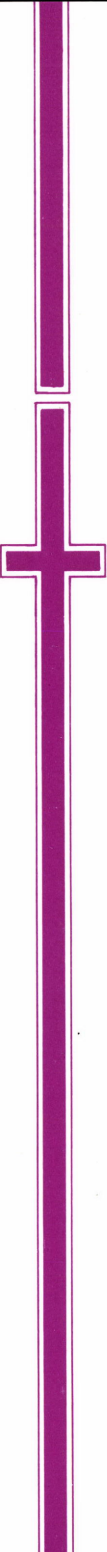
Fue así como la abuela decide que Ambrosio ingrese, como interno, en el Colegio San José de Rosario. Allí, al contacto con sus educadores, empieza a encariñarse por Don Bosco y comienza a germinar su vocación. El Colegio San José fue un semillero de vocaciones sacerdotales; Ambrosio fue una de ellas.

Allí concluye la escuela primaria e inicia la secundaria. Su vocación fue madurando y manifiesta a la abuela el deseo de ingresar en el seminario salesiano de Vignaud.

La abuela hubiera deseado que Ambrosio quedase en el campo frente a la heredad de sus padres. Mas, ante las insistencias del nieto y el de una tía religiosa, accedió y, Ambrosio ingresó en el aspirantado en abril de 1936.

Optó por trabajar en los campos del Señor para esparcir, con generosidad, la semilla de la Palabra en los surcos siempre abiertos de las almas generosas que "el dueño de la mies" pondría, a lo largo de los años, al alcance de sus manos.

Se queda con Don Bosco. Después de unos años en



Por muchos años se ocupó de la atención espiritual del Instituto Pelletier (Buen Pastor) entregado a las niñas internas, a las jóvenes, a los empleados, a las docentes, a las religiosas.

Atestigua lo expuesto la Hna. Adriana Sánchez, religiosa del Buen Pastor cuando señala: “Con delicada caridad pasaba largas horas en el confesionario; acudía con prontitud a cualquier llamado de los hospitales, sanatorios o de alguna persona necesitada que hallaba en él la palabra que alienta y consuela”.

Otro testimonio, de la misma escuela reafirma lo expresado diciendo: “Fue toda una vida al servicio del prójimo. Ha sido testigo de las penas de nuestras niñas y adolescentes, de la sección del Penal y de las docentes”.

La devoción a María caracterizó su vida sacerdotal salesiana.

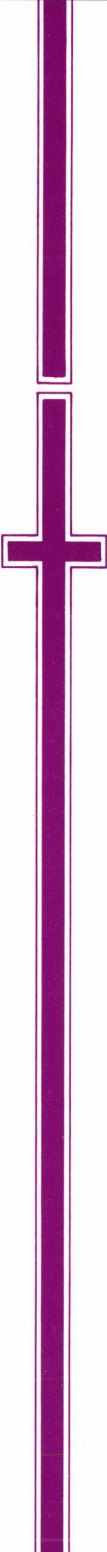
“Jamás dejó de recordar sus fiestas, dice la Hna. Adriana Sánchez tratando de infundir un gran amor hacia Ella poniéndola como modelo, guía y protectora de la joven”. Y otra persona añade: “Como Don Bosco entendió que María Auxiliadora es madre e intercesora eficaz. Fomentó, con gran calidad espiritual, una confiada devoción a María”. (Esc. Primaria y Técnica del Inst. Pelletier).

En todas sus fiestas impartía la bendición de María Auxiliadora al final de la Misa e inculcaba a cuanta persona se acercaba, la devoción a María. Una familia se expresa: “Nunca se olvida a quien nos enseñó a amar a la Virgen Auxiliadora de los Cristianos”.

Rezaba su rosario y, a menudo, regresando de la Capellanía, hacía detener el coche que lo traía, para saludar brevemente, con una sencilla oración o Avemaría a la “Stella Maris”, ubicada sobre la avenida Costanera de nuestra ciudad.

De carácter adusto, algo serio, pero su interior encerraba tanta bondad, tanta paciencia que sabía ganarse amigos. Una notable cualidad humana en el P. Mangini, era el culto que hacía de la amistad. Escuchaba a las personas, las atendía; se interesaba sobre todo por la situación de los empleados de la casa y, en lo que estaba a su mano, trataba de solucionar sus problemas.

Mezclaba su conversación con una suave sonrisa y la salpicaba con el chiste oportuno. Sus palabras orientadoras y sus consejos eran acompañados de frases latinas, en francés o en guaraní. De todo se valía para hacer el bien a los demás.



Practicaba la pesca. Era su distensión semanal. En Resistencia conformaba un cuarteto con el P. Juan Nicolau, el P. Juan Vizcarra y el Sr. Waldino Quijano, quienes, los lunes, en un "jeep" partían rumbo al río Tragadero, a los riachos del Paraná, para dejar allí sus preocupaciones, sus fatigas de la semana en este deporte.

Aquí en Corrientes, frente al río solía tirar sus redes desde un planchón, sobre el Paraná.

Atardecía cuando regresaba a la comunidad, fatigado, a veces, pero renovado y dispuesto a recomenzar el trabajo cotidiano.

Dueño de sí mismo, tenaz en sus opiniones, el P. Ambrosio no era hombre fácil de convencer para someterse a una atención médica. A pesar de que su salud no era muy robusta, era renuente a todo tratamiento.

En 1985, un infarto cerebral inutilizó el centro motor de sus piernas. Comenzó su calvario que duraría varios años. Caminaba con dificultad, arrastrando sus pies pero no abandonó la atención diaria del Hogar Pelletier, sumando, cada domingo, la celebración de la misa en el Hogar de Ancianos.

Una religiosa que lo conocía manifiesta: "acatando la voluntad de Dios, con la jocosidad que lo caracterizaba, decía: "-Me parece que me falta muy poco para partir" y con su rostro, pleno de gozo sonriendo, continuaba: "- Bueno, será hasta que Dios quiera".

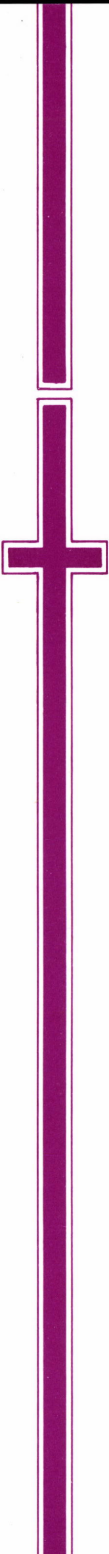
Transcurrieron los años y, el P. Ambrosio seguía, disminuido físicamente, prodigándose generosamente a los demás. No quería cargar sobre otros el trabajo que el podía realizar.

A fines de enero hubo de internarse en un sanatorio. Allí desgranó sus últimos días. Mostró entereza, serenidad durante su prolongada enfermedad. No se le oyó proferir una queja, un lamento.

Muchos amigos lo visitaron: en repetidas ocasiones lo hizo el Sr. Arzobispo, Mons. Antonio F. Rossi, el P. Inspector y los hermanos del Colegio Salesiano que, a menudo, se hacían tiempo para estar con él unos minutos.

Un grupo de personas se turnaba para pasar con él la noche, pero sobre todo, el buen enfermero José Antonio Bernal que pasó meses al lado del enfermo.

Sus últimas palabras: "Te quiero mucho", dirigidas a José



Antonio, su buen samaritano, fueron la expresión agradecida hacia quien por más de cinco meses lo acompañó, día y noche.

La salud del P. Mangini fue declinando poco a poco a pesar de todas las atenciones y los cuidados de la medicina. Su existencia se apagó en la madrugada del 10 de agosto de 1993.

Amigos, ex-alumnos, alumnos del Colegio, Padres de Familia, Cooperadores, la comunidad de la Capilla María Auxiliadora se vieron afectados por la partida del Padre Mangini y acompañaron a la Comunidad salesiana con la plegaria, con el afecto. Una verdadera manifestación de aprecio, de adhesión a la obra salesiana.

El P. Inspector, por la tarde, acompañado de los salesianos de Corrientes y del Chaco, de sacerdotes del clero diocesano presidió la misa exequial. El día 11, el Sr. Arzobispo concelebró la Eucaristía ante de que los restos del P. Mangini fueran llevados a Resistencia donde descansan en el Panteón Salesiano aguardando con otros hermanos "la venida gloriosa del Señor Jesús".

Cerramos esta biografía con las palabras del Prof. Ramón Encinas, en la despedida del Padre Ambrosio: "Ya no veremos mas por los pasillos del Instituto, con andar lento y cansado, como queriéndonos decir que la vida tiene que ser vivida sin prisa, con prudencia, con madurez. Su profunda espiritualidad nos seguirá guiando en nuestro derrotero educativo, como él lo fue en el ejercicio de la docencia: exigente y severo pero justo y comprensivo".


Agradecemos a todas las personas que acompañaron al P. Mangini en su prolongada enfermedad y a quienes estuvieron a nuestro lado en esta dolorosa circunstancia.

Roguemos al dueño de la mies que envíe mas obreros para que trabajen en los campos del Señor.

Con afecto fraternal os saludan:

P. José A. Lorber
P. Américo P. Rollón.

Corrientes, 20 de diciembre de 1993



con el Chaco, con su trabajo, con la gente, con los amigos. Pero, poco a poco fue ambientándose al nuevo trabajo que, con los del Chaco totalizaron una labor de treinta y cuatro años en el noreste argentino. Tanto tiempo que lo hicieron consustanciarse con el medio y su gente; sus lagunas y sus ríos, los montes, y las tradiciones. Tanto amó este norte que supo expresar: "Santa Fe fue mi suelo pero Chaco y Corrientes mi Cielo".

Fue docente casi toda su vida. Más de cuarenta años los dedicó a la enseñanza. Era recto, exigente pero apreciado por los alumnos. Un exalumno, Alfredo Verón, así se expresa sobre el P. Mangini educador: "Recuerdo un día de marzo de 1987. Estaba en primer año y, ese día teníamos la primera clase de Educación Plástica. El profesor era el P. Mangini. Para mis adentros pensaba que esa clase iba a ser un descontrol total. Nunca estuve tan equivocado. La persona del P. Mangini inspiraba una imagen difícil de comprender. Era interesante y gracioso a la vez, ver como mantenía todo bajo control... Recuerdo cuando escribía en el pizarrón, de espaldas al curso, y repentinamente, al escuchar la voz de un compañero, decía, sin volverse: — ¡Fulano! Deje de charlar y haga su trabajo —...

Esos tres años que lo tuvimos como profesor, sus últimos tres años antes de abandonar la docencia, fueron un regalo muy grande del cielo que, recién ahora puedo apreciar."

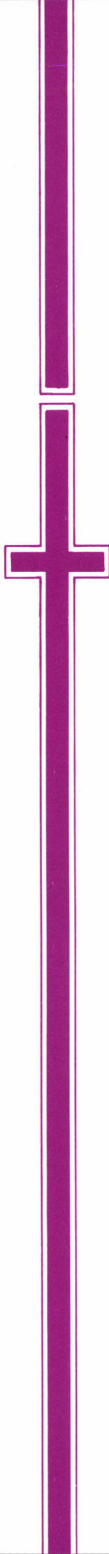
Preparaba sus clases y vivía actualizado, sobre todo, cuando por años, dictó geografía. Libros, revistas, recortes de periódicos que guardaba señalan la constante preocupación por vivir al día para bien de sus alumnos.

Fue sacerdote y vivió plenamente su sacerdocio. Lo manifestaba en la celebración de la Eucaristía, en la administración de los sacramentos, en la atención de las personas.

El profesor Ramón Encina, docente del colegio, afirma: "Vivió su consagración sacerdotal en plenitud, en piedad, en obediencia, integrado a la comunidad salesiana. Su vocación fue clara: ser sacerdote de Dios y de Don Bosco. Y lo cumplió.

En una ocasión y en familia se comentaba que un sacerdote conocido había abandonado el ministerio. El P. Ambrosio, presente en la reunión, manifestó: "Yo estoy satisfecho con mi vocación. Si tuviera que elegir de nuevo, elegiría lo mismo".

Muy apreciado como confesor, era asimismo director espiritual de muchas personas. Sacerdotes del clero secular y religioso venían a buscar la reconciliación y el consejo oportuno del Padre.



Vignaud, ingresa en el noviciado, en Los Cóndores, donde el 28 de enero de 1939, emite su primera profesión religiosa. Completa sus estudios filosóficos y el magisterio en Bernal y en Vignaud. Ejercerá su trienio en Rodeo del Medio (Mendoza) y en Rosario. Antes de ingresar en el Instituto Teológico de Villada, se consagrará definitivamente al Señor con la profesión perpetua el 22 de enero de 1945 en la ciudad de Córdoba.

De naturaleza algo delicada, siempre tuvo problemas de salud. Más de una vez, la abuela tenía el presentimiento de que su nieto abandonaría el seminario para regresar al hogar. No fue así. Sufrió constantemente dolores estomacales y las comidas estandarizadas de nuestros seminarios no eran, de ningún modo, las más apropiadas para esta clase de dolencias.

Con los cuidados, la atención médica y la fuerza de voluntad, Ambrosio pudo continuar sus estudios de teología hasta concluirlos en 1948.

Para reponerse de su salud irá como personal a Curuzú Cuatiá (Corrientes) donde el 20 de agosto de 1950, con la presencia de sus familiares, recibirá el presbiterado de manos del Arzobispo de Corrientes, Mons. Francisco Vicentín.

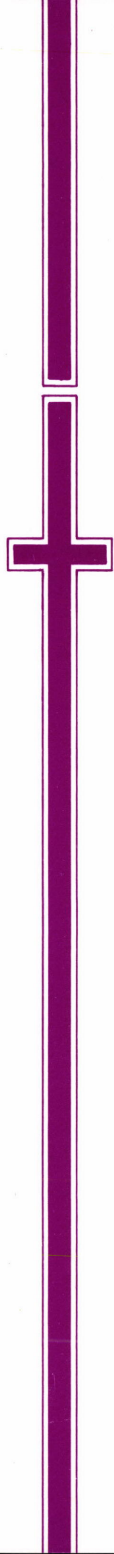
Su trabajo pastoral lo desarrollará primeramente en Curuzú Cuatiá y en Paraná.

En 1959 llega a Resistencia. Aquí permanecerá veinte años como confesor y profesor. No era poca la labor que le aguardaba al Padre Ambrosio como docente en años que la enseñanza era de jornada completa y sumar, luego, la atención de quienes se acercaban al sacramento de la Reconciliación. Siempre estaba dispuesto a recibir a las personas, de modo especial si se trataba de los alumnos del colegio.

Los fines de semana hallaba otros canales donde derivar su acción pastoral.

En 1961 fue nombrado teniente cura de la parroquia de San Francisco Javier, regida por los Padres Jesuitas, para atender espiritualmente a un vasto barrio de esa jurisdicción, Villa Libertad, uno de tantos sectores carenciados de la ciudad de Resistencia. Posteriormente tuvo a su cuidado la capilla de San Cayetano donde trabajó varios años.

Y, en 1979, recaló aquí en Corrientes, en este Instituto "PIO XI" donde permanecerá catorce años, hasta su partida a la Casa del Padre. El traslado le costó mucho. Se había encariñado



Datos para el necrológico:

Nació en Cayastá (Santa Fe) el 7 de diciembre de 1917.
Falleció en Corrientes (Argentina) el 10 de agosto de 1993 a los
75 años, 54 de profesión religiosa y 43 de sacerdocio.